

**AMBROSIO DE MILÁN**, *Sobre Abrahán*, Introducción, traducción y notas de Primitivo Tineo, Ciudad Nueva, Madrid 2011, 201 pp.

El tratado *De Abraham*, de San Ambrosio, consta de dos libros de una extensión similar, aunque en el primero de ellos se trata toda la vida del patriarca, y en el segundo tan sólo parte de ella.

El tono de ambos es diferente. Al inicio del primero dice Ambrosio: «El título de este libro de Abrahán, porque pretende considerar por su orden también las acciones de este patriarca, acerca del cual haremos en primer lugar un tratamiento moral y simple. Porque si es verdad que profundizando más en la discusión se puede mostrar el progreso y la forma ideal de la virtud, mucho más también es un motivo de progreso para la virtud el observar solamente las huellas exteriores de las acciones de Abrahán» (p. 25).

El segundo libro, por su parte, comienza así: «Hasta aquí hemos seguido un tratamiento moral, explicando con la máxima sencillez posible, a fin de que quienes lo lean puedan extraer las enseñanzas que se relacionan con el comportamiento humano: pero como la espada está afilada por los dos lados y, combatiendo, se la puede usar por un lado o por el otro, así la palabra de Dios, que es más cortante que cualquier espada afiladísima, penetra hasta división del alma. (...). Por eso pienso que no es absurdo examinar más

a fondo y profundizar hacia un sentido más alto y, a través de la historia de los diversos personajes, explicar el progreso de la virtud ideal» (p. 91).

Estas palabras orientan bien sobre lo que encontramos en cada libro: en el primero, constituido por sermones y que muestra la explicación moral a los catecúmenos, una exégesis literal y moral de toda la vida del patriarca (Gn 12-25). En el segundo, una exégesis alegórica, en este caso tan sólo desde la vocación de Abraham hasta la promesa de un hijo, Isaac (Gn 12-17).

Como ocurre en el resto de sus obras, San Ambrosio recurre en *De Abrahán* a numerosas fuentes bíblicas, patrísticas e incluso de autores clásicos y judíos. El editor de esta traducción del tratado, y de las notas, Primitivo Tineo, aborda ésta y otras cuestiones en las páginas 7-21 y, ocasionalmente, en notas a pie de página. Entre las diferentes opiniones sobre la fecha de composición, se destaca en estas páginas la propuesta de Palanque, que propone los años 382-383, entre otras cosas basándose en el uso sistemático que se hace de Filón en el segundo libro.

Abrahán es uno de los personajes centrales de la historia de la salvación, como lo

muestra muy bien el uso que de él hace el mismo San Pablo en sus cartas. «Abrahán es el modelo del hombre que camina en busca de la tierra prometida, que ha aprendido a confiar en la palabra de Dios y a vivir de fe. Él se ha convertido realmente en padre de los creyentes. (...) En la religión judía y en el cristianismo es considerado el depositario de la bendición para todos los pueblos» (p. 11). Son muchos los acontecimientos de su vida que han sido interpretados de una forma simbólica, ya desde su misma salida de Caldea, que es vista como un ejemplo de camino de purificación que el cristiano debe recorrer hasta llegar a Dios. Vista de una forma alegórica, esta salida es vista, además, como un alejamiento de la irracionali-

dad hacia la perfección representada por la sabiduría.

La lectura del primer libro es sencilla; la del segundo se hace un poco más oscura. Tineo sostiene que quizá se trate en esta segunda parte de reelaboraciones del material de la exposición oral en orden a su publicación. En todo caso, son muchos los pasajes de los que se hace tanto explicación moral como alegórica o mística.

Con esta obra, editada por primera vez íntegramente en castellano, San Ambrosio nos ha dejado un sinfín de instrucciones morales realmente útiles para la vida diaria de todo cristiano.

Juan Luis CABALLERO  
Universidad de Navarra

---

**Ricardo ROVIRA REICH**, *La educación política en la Antigüedad clásica. El enfoque sapiencial de Plutarco*, Biblioteca de Autores Cristianos – UNED Madrid 2012, 584 pp.

Uno de los aspectos cruciales de la política es la selección de los gobernantes, pero también uno de los más espinosos y controvertidos. No en vano, la tesis de que los mejor ‘preparados’ deben ocupar las más altas magistraturas puede parecer tan incompatible con el principio de igualdad como la existencia de la monarquía. No lo sería, si el pueblo escogiese siempre bien, pero parece evidente que yerra a menudo, y los electores suelen votar a su ‘facción’ o pensando en los ‘intereses’ personales. Además, en las modernas sociedades pluralistas, hay muy pocos valores comunes, de ahí que sólo se reconozcan los méritos de los adversarios políticos una vez que han muerto y de forma más bien imprecisa.

Sin embargo, hasta no hace muchos años, la civilización occidental aceptó, al menos en teoría, la perentoria necesidad de seleccionar

y formar minorías dirigentes, abocadas por nacimiento y educación a regir las diversas naciones. Esta forma de concebir la vida política sobrevivió de hecho, no sólo a la Revolución Francesa, sino incluso a la instauración del sufragio universal, a finales del siglo XIX.

En buena medida, hasta mediados del siglo XX, las democracias liberales tuvieron un evidente carácter ‘aristocrático’. Podría decirse que eran regímenes mixtos, en los que se escogía entre candidatos extraídos de las elites sociales, económicas y culturales de cada país, personas a la que se suponía deseosas de servir al pueblo y capaces de estar a la altura de su responsabilidad. Casi todos los partidos –salvo los más extremistas– contaban con relevantes miembros de este perfil, si bien a la postre sus proyectos y sus decisiones no siempre fueron acertados.